

Francisco Gálvez, *Los rostros del personaje (Poesía 1994-2016)*, prólogo de Vicente Luis Mora, Valencia, Pre-Textos, 2018. 366 pp.

Esta reseña está sujeta a una [licencia “Creative Commons Reconocimiento-No Comercial” \(CC-BY-NC\)](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/).

DOI: <https://doi.org/10.24197/cel.10.2019.LXXI-LXXV>

EL HILO ANUDADO DE UNA POESÍA EN TRÁNSITO

El autor que aborda la ejecución de unas “completas” se sitúa ante el espejo más despiadado. Aun antes de materializarse sobre los anaqueles, el libro compone la imagen de la finitud: la de la obra y la del poeta. Asunto delicado el de esta empresa. Propósito distinto y diferentes resultados se vinculan, en cambio, a la compilación editorial de entregas previas, delimitadas en el tiempo y abiertas a su continuación. Y esto es lo que el lector encuentra en el volumen reunido por Francisco Gálvez para la Editorial Pre-Textos: una producción poética de algo más de dos décadas, en la que se reúne la obra lírica más madura de una pluma tan inagotable como la actividad de su dueño en la promoción de la poesía desde todas las posiciones posibles junto a la de creador.

Como editor, crítico y organizador de eventos, Gálvez ha mantenido viva la antorcha de poesía que encendiera en 1973, junto a José Luis Amaro y Rafael Álvarez Merlo, y que se ha mantenido como un referente de la renovación estética operada en aquellos años, y ahora, en ambos casos, el de Gálvez y el de *Antorcha de Paja*, revitalizado con su incidencia en la imprescindible poesía cordobesa de las últimas décadas. Sirva esta referencia de su trasfondo y trascendencia para situar también la propuesta de lectura inscrita en una compilación de textos que no es en absoluto inorgánica, como muestra la esclarecedora “Nota del autor” al frente del volumen. La frontera que supuso *Tránsito* (Premio Anthropos 1993) queda de relieve al haber sido acogida a modo de culminación de la trayectoria previa, en *Una visión de lo transitorio. Antología poética 1973-1997* (Huerga & Fierro, 1998), y abrir ahora *Los rostros del personaje*. Junto a la relevancia del premio y su edición, el poemario de 1994 coincide con el inicio de la eclosión de la nueva hornada poética cordobesa, que acogió la renovada propuesta poética de Gálvez a modo de uno de sus referentes más cercanos, como muestran ahora las palabras prologales de Vicente Luis Mora, y evidenció el preámbulo que Eduardo García añadió a la reedición en 2008 de un poemario seminal, *Tránsito*, verdadero emblema y

programa de la obra de este autor en las dos últimas décadas, cuando su propuesta se concreta en la exploración de una realidad fluyente, de sus efectos sobre la identidad del sujeto y del papel que juegan en todo ello la mirada y la memoria. Una nueva versión de la palabra en el tiempo casi un siglo después de que la enunciara Antonio Machado.

Sobre todo en esta etapa de madurez, la poesía de Francisco Gálvez se nos impone marcada por el signo del devenir. La movilidad de una realidad material limada por el paso del tiempo, la fluidez de las percepciones, los cambios operados en el yo que mira y escribe, en ese personaje de máscaras alternadas. La marca del desplazamiento y la transformación se impone, libre de angustia, en los diferentes planos de consideración, que los cinco libros del período atraviesan, dando mayor relevancia a alguno de estos planos, pero atendiéndolos a todos como parte de la cosmovisión del poeta. Sin duda, *Tránsito* (1994) es el que da más cabida a la dimensión metafísica, a través de un lenguaje donde los sustantivos aparecen desnudos de adornos adjetivales, como en un ejercicio de despojamiento que conduce a su punto esencial, aquel en que las cosas se identifican con su lenta pero inexorable disolución. La cotidianidad más materializada se impone en *El hilo roto. Poemas del contestador automático* (2001) y el modo en que el poeta indaga en la fractura y la incomunicación, a la vez que en la tecnificación del mundo, la cosificación de las relaciones y la reificación del sujeto que se aísla tras la máquina. El poemario deja traslucir los episodios aparentemente triviales de una historia, la de un amor, que desaparece, que se esfuma, que entra en un tránsito donde los mensajes están pregrabados, donde es la ausencia de sentimientos en las palabras la que despierta su efusión en la lectura. Precisamente es la experiencia del lector la que ocupa el centro del plano en *El paseante* (2005), alegorizada a través de una imagen de nuevo caracterizada por el desplazamiento: el deambular del sujeto que atraviesa los textos y, sobre todo, va transformándose con su experiencia, en un tránsito que es menos exterior que estrechamente íntimo y personal. Tras el diálogo con la poesía previa, el sujeto lírico de Francisco Gálvez vuelve a mutar en *Asuntos internos* (2006), ahora dirigiendo la mirada a su propia experiencia vital, despojada de imágenes metafóricas y enfrentada con la más cruda sinceridad a un interior dominado por el cambio, porque los asuntos tienen que ver con la pérdida y la transformación; la memoria se erige, desde la atalaya vital de la edad, en la frontera de los sesenta años, en el eje de la reflexión, que atraviesa los sentimientos amorosos del adulto y vuelve a la experiencia de la infancia, en el fondo, a la consciencia de una identidad

en transformación desde las vivencias familiares y las de la ciudad que las acogió y moldeó en un tiempo lejano. “Amor y tiempo”, título de la última sección del poemario de 2006, sintetiza en una cópula de identidad el asunto que de verdad ocupa el interior del poeta, para plasmarse en dos intensos poemas de evocación de las figuras del padre y de la madre. Es el preludio, la semilla de lo que germinará casi diez años más tarde, en *El oro fundido* (2015), donde la labor familiar guía los pasos de quien retorna por la vía de la mirada a los territorios del pasado, un espacio que se sigue pisando, unas calles que se atraviesan aún, pero donde el tiempo ha operado su efecto y las ha convertido en otra cosa, porque es otro el personaje que las visita.

Si nos apoyamos en las claves proporcionadas por los significativos títulos con los que Galvez vuelve a su producción, cabría sintetizar que en la primera etapa de la obra del poeta, la recogida en *Visión de lo transitorio*, la mirada se dirige a lo exterior, que es donde se considera el fluir de la temporalidad, y ello incluye tanto el presente como el pasado, en un recorrido que se inicia con la primera obra publicada por Francisco Gálvez, *Los soldados* (1973), donde la palabra poética se inscribe de lleno en un tiempo de historia. Con el hilo de continuidad de una noción del devenir en posición central, la conciencia se inclina en una fase posterior a acentuar el hecho de que lo que cambia no es tanto la realidad como los ojos que la miran, casi podríamos decir que se miran a sí mismos a través de los *realia*, cada vez más decantados en los espacios de la intimidad. Es entonces cuando el sujeto descubre sus rostros, y en ellos percibe su condición de personaje. De hecho, como se plasma de manera inequívoca en *El oro fundido*, el poeta se desdobra en un yo que mira y un yo que actúa para intentar recuperar el pasado: uno se aferra a esta posibilidad mientras el otro trata de conformarse con la asunción de lo inevitable. Un tono de serena melancolía busca su lugar entre los retazos de escenas que dibuja el personaje poético. La vuelta a los restos de la casa familiar o la transformación de la ciudad en el escenario de las ensoñaciones son las manifestaciones más palmarias. El camino, sin embargo, se había iniciado antes: el borramiento de lo accidental en *Tránsito*, la soledad de *El hilo roto*, el refugio de la lectura en *El paseante*, la vuelta al yo más íntimo en *Asuntos internos*, dibujan ahora, desde la perspectiva de la entrega de 2015 y, sobre todo, la presente recopilación, un tránsito claro, un hilo de continuidad, unos pasos sin ruptura, unos temas que enraízan en una intimidad que busca hacerse compartida.

Un poema de *El hilo roto* parece sintetizar y presentar *in nuce* todas estas perspectivas. Pertenecer, significativamente, a la sección “Monólogos” y se titula, con similar fuerza semántica, “La espera”: “Tal vez la vida sea esto, / una espera ininterrumpida / de personas y cosas, / un volver siempre / buscando las respuestas”. El primer verso encierra una perspectiva de experiencia, casi de final de camino, desde el que se contempla, con la mirada vuelta hacia atrás; el segundo encierra la actitud del sujeto y con la litotes del adjetivo habla de una continuidad situada, tautológicamente, en la incomparecencia del cambio; el tercero, con la ausencia enunciada en el verso anterior, apela a la voluntad de comunicación con el mundo y con sus iguales, en un diálogo siempre latente; en el cuarto la imagen mítica del eterno retorno se traduce a su dimensión más cotidiana, aquella en la que se mueve el personaje que emergerá en los libros siguientes, y que, entre el paseo, la lectura y la introspección, busca una respuesta que comenzará a esbozarse en el perdido mundo de la infancia, el tiempo del cobijo y el sueño.

Volvamos nosotros también al principio, para calibrar la experiencia de lectura que supone el recorrido continuado, en sutil encadenamiento, de una producción poética de algo más de dos décadas, cruzada de productivos silencios editoriales y de una intensa actividad creadora que, como en lo esencial de la poética de Francisco Gálvez, se ejecuta a modo de poda y ascesis, de búsqueda de la expresión ceñida y sucinta, esencial. Desde esa continuidad, la variación de tonos y materias se integra de manera armónica y orgánica, trazando un recorrido vivencial y lírico de notable profundidad y coherencia, consigo mismo y con el tiempo en el que se inserta. En una parte sustancial, a través de la metáfora del contestador automático, el poemario de 2001 representaba una actualización del modelo de cancionero que cuaja en Petrarca y atraviesa la tradición lírica occidental hasta Mallarmé. El monólogo de un amante que encuentra en el desdén de la amada la razón de ser de su existencia como voz y lamento tiene en el libro de Gálvez una actualidad mucho más radical que la anécdota tecnológica. El silencio al otro lado de la línea ya no es la oclusión a que el legado del amor caballeresco condena a la voz femenina. La respuesta de un sujeto autónomo que no descuelga el auricular tiene en el silencio una forma de construcción, de afirmación personal que obliga a la redefinición del sujeto, opuesto o complementario, que espera la respuesta. En su misma interrupción el diálogo afirma su necesidad, empezando por esa conversación, de nuevo Machado, que hemos de mantener con “el hombre que siempre va conmigo”. Francisco

Gálvez ha sabido percibirlo y responder creativamente a esa lección. Su autoconcepción como personaje, otro modo de apócrifo, se convierte en la posibilidad de asistir a la puesta en escena de su representación; es más, a convertirse en el dramaturgo y director de la misma para mostrarla desnuda ante los lectores, con sinceridad y rigor, con la sencilla humildad de quien se sabe apenas un perseguidor de sombras, un orífice de las máscaras que irá colocándose el personaje para componer sus rostros y ofrecer con ellos al lector un reflejo en el espejo, en la pulida superficie de unos versos donde no hay más adorno que la verdad.

PEDRO RUIZ PÉREZ
Universidad de Córdoba
pruiz@uco.es